
Introducción

Los cuatro ensayos que aparecen en este número de Estudios Jaliscienses están relacionados con las artes plásticas y la arquitectura en Jalisco durante una época que abarca casi cincuenta años de efervescencia cultural y que va, de la ruptura con la Academia a principios del siglo, hasta los inicios del arte contemporáneo.

Renato González Mello revisa la arquitectura de dos casas, analiza las formas de interpretar el mundo de sus moradores y plantea las dicotomías de su tiempo, para concluir que en política y cultura siguen prevaleciendo las mismas tensiones y paradojas. La autonomía regional, la ambigüedad entre lo público y lo privado, entre familia y Estado son ejemplificados a partir de dos personajes centrales.

José Guadalupe Zuno, liberal, jacobino, masón, líder interesado en el progreso y la modernidad, defensor de la soberanía jalisciense, habitó su espacio privado rodeado de discursos públicos. La construcción se erige con tezontle y cantera, retoma elementos de la colonia pero no comparte la fe de los conquistadores. Se implanta a manera de templo como un símbolo de alianza del zunismo con la élite capitalina. El espacio privado se cimenta en el mito y se utiliza como negociación política.

Efraín González Luna, ideólogo ilustrado educado por jesuitas, encarga el proyecto de su casa al arquitecto Luis Barragán. Los asuntos religiosos y del espíritu son personales y se guardan intramuros. Entre lo público y lo privado se marca un límite. Orden, austeridad, racionalismo y tradición. La casa no es proyecto político, es el reinado del *pater familias*.

Zuno y González Luna, ambos nacionalistas y poseedores de una amplia cultura. Las dos familias que viven más acá de la calzada; ambos distinguidos personajes de la vida política y cultural de Jalisco, representan dos enfoques de la realidad de su tiempo, pero sus diferencias no son al parecer irreconciliables.

Alana Gómez habla de la escritura como experiencia estética. Tras la revisión del archivo Mathias Goeritz del Instituto Cultural Cabañas, nos da cuenta del valioso testimonio que ha quedado de este artista y de sus relaciones interpersonales, mediante la vasta correspondencia que sostuvo durante cerca de cincuenta años. La caligrafía, el dibujo in-

consciente o el trazo intencional, aparecen integrados en estas misivas que relatan los pequeños episodios cotidianos. Estados de ánimo y preocupaciones teóricas no son sólo pensamientos impresos, sino que constituyen una comunicación que trasciende hacia el lenguaje universal del arte.

Mathias Goeritz significa, sin duda, una refrescante experiencia dentro del arte mexicano. Su paso por Guadalajara fue fugaz. Escasos tres años. Llega en 1949 invitado por el arquitecto Ignacio Díaz Morales quien, interesado en formar la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Guadalajara, invita también a otros artistas europeos como Eric Couffal y Oliver Seguin. Pero Mathias, quizá debido a incomprendiones de la época, emigra hacia la ciudad de México en donde realiza la mayor parte de su obra. Interesante sería investigar a fondo la influencia que Goeritz ejerció en el arte contemporáneo de nuestro país.

No es de extrañar que una persona tan elocuente y de tan variados intereses produjera una abundante actividad epistolar. El arte de la conversación fue un valioso vehículo para transmitir sus experiencias y sus conocimientos. Era delicioso escucharlo. Un hombre con esos dones y con esa capacidad de gozo por la vida, hizo de la actividad artística una disciplina placentera y cotidiana que manifestó a través de la arquitectura, la escultura, la pintura y el arte postal.

Enrique Franco Calvo destaca el significativo número de artistas nacidos en Jalisco cuyos aportes han contribuido a modificar el panorama de las artes plásticas nacionales y que forman parte del acervo del Museo de Arte Moderno. Reseña también la historia de la colección y los antecedentes del Museo, desde sus inicios en el Palacio de Bellas Artes, hasta su ubicación en el actual edificio que fuera construido por el arquitecto Ramírez Vázquez en época de López Mateos, y que tuvo como primera directora a la jalisciense Carmen Marín de Barreda.

Dice haber una tendencia a agrupar a los artistas de acuerdo con su lugar de nacimiento, y lo atribuye a dos factores: la cantidad de creadores calificados nacidos en determinados estados, tales como Oaxaca, Jalisco y Zacatecas, y a una actitud regionalista. La agrupación no responde, pues, a similitudes estilísticas o conceptuales, marcando como excepción Oaxaca en donde considera la existencia de una escuela oaxaqueña de pintura. Puntos todos que ameritarían discusión.

Los pintores oaxaqueños destacados han estado ligados a su tierra natal. Francisco Toledo, aún desde el extranjero, hizo valiosas donaciones al acervo cultural del estado. Tamayo creó un museo y apadrinó

el concurso bienal que lleva su nombre. El contacto constante de estos profesionales con la población, crea necesariamente modelos que seguir. Me atrevería a decir que la influencia de Toledo, Morales y Nieto, a pesar de la corta vida de este último, ha sido más fuerte que la del mismo Tamayo. Similar actitud generosa han tenido Manuel Felguérez, Pedro y Rafael Coronel hacia Zacatecas. Nada de esto ocurrió con los jaliscienses enlistados en el acervo quienes, a excepción de un par de ellos, poco intervinieron en la plástica local. Su formación y desarrollo estuvieron mayormente ligados a la capital del país o al extranjero.

Franco nos brinda la oportunidad de adentrarnos en los acontecimientos que dieron lugar a la formación del Museo y su acervo, señalando la importancia de integrar las obras dentro de una colección permanente para salvaguardarlas del uso indebido que a menudo se hace de ellas. Nada más cierto. Ojalá y la Colección del Pueblo de Jalisco tenga algún día una sala permanente para goce de la población y no sirvan sus piezas de ornato de oficinas públicas (en el mejor de los casos).

En un bien documentado ensayo Arturo Camacho aporta datos del movimiento vanguardista que surge en Guadalajara a partir de la creación del Centro Bohemio y narra, en forma por demás articulada e interesante, todos los pormenores del ambiente de una época en la que sobresale ese hombre excepcional que fuera José Guadalupe Zuno. Junto con él, todo un grupo de artistas e intelectuales cuyo trabajo rompió con las ideas academicistas: Ixca Farías, Xavier Guerrero, Orozco Romero, José Luis Figueroa y otros tantos que impulsaron al desarrollo artístico y cultural de Guadalajara sacudiendo las viejas estructuras.

A partir de un análisis serio, Camacho afirma que el movimiento de vanguardia empieza a partir del Centro Bohemio formado en Guadalajara (1918-1926), con lo cual rebate la historia escrita en la capital que sitúa las primeras manifestaciones vanguardistas hacia 1921. Este grupo constituyó un frente con una propuesta estética que estuvo al día con las más avanzadas del momento: fauvismo, expresionismo, simbolismo... De ellos no importa revisar la manufactura, dice Camacho, sino la audacia creativa.

Describe con precisión y acierto algunos de los cuadros, pero no se queda en la mera descripción; abunda en conceptos y proporciona datos que sitúan las obras y sus autores dentro de una panorámica nacional y dentro del quehacer mundial.

Los cuatro ensayos dan cuenta, a su manera, del arranque y consolidación de la modernidad del país, de la cual Jalisco es partícipe. La visión del arte a partir de la Revolución, se modificaría nuevamente en

1964, misma fecha en que se inaugura el Museo de Arte Moderno y año que marca una forma distinta de expresión. La exposición promovida por la compañía Esso en el flamante Museo, desata la polémica. -No hay más ruta que la nuestra- diría Siqueiros ante los embates de los jóvenes como Cuevas. Pero el país, que había sostenido un crecimiento económico promisorio, intentaba el desarrollo industrial y más amplios horizontes.

En Guadalajara surgiría el grupo encabezado por Miguel Aldana, mientras otros pintores como Colunga, Valsoto, Zamora o Mariscal trabajaron en forma independiente. Más tarde aparecen en escena Campos Cabello, Marta Pacheco, Carmen Bordes, José Fors, entre otros y, dentro de la generación joven, han aparecido artistas dotados de gran talento. Eso sin mencionar la gráfica dentro de la cual existe un buen contingente de artistas y técnicos relevantes. Todo ello nos habla de que en terrenos del arte el estado de Jalisco sigue siendo un semillero nacional. Y eso a pesar de lo poco que han hecho las autoridades culturales por brindarles apoyo. Afortunadamente para el país, el talento no es cosa sexenal.

María Fernanda Matos